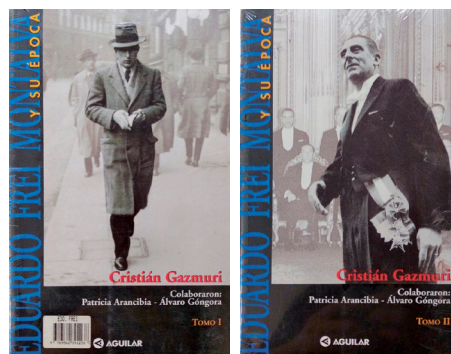


Eduardo Frei Montalva y su época

2 tomos



Eduardo Frei Montalva y su época. 2 tomos.
Cristián Gazmuri. Aguilar. Santiago de Chile, 2000.
998 páginas

PABLO VALDERRAMA RODRÍGUEZ



Ex director ejecutivo de IdeaPaís.

¿Puede ser Eduardo Frei Montalva un referente para nuestro grupo de socialcristianos? Esta pregunta es especialmente importante para quienes nos situamos en estas coordenadas políticas y habitamos el Chile del siglo XXI, en que algunas de nuestras ideas no se encuentran en el carro de la «vanguardia», y en que carecemos de figuras políticas a quienes anclarnos. Nos «sobran» gigantes intelectuales —Gonzalo Vial, Mario Góngora, Jaime Eyzaguirre, san Alberto Hurtado y otros más—, pero nos faltan hombres y mujeres en la arena propiamente política.

Sin embargo, la respuesta a esta pregunta necesariamente es compleja, como así también lo fue la época y la historia de Frei. Hay aspectos de su vida que debemos mirar con mucha cercanía y admiración, mientras que no debemos sentirnos por fuerza herederos de otros.

Sobre los primeros, nos cuenta Cristián Gazmuri que el fundador de la Democracia Cristiana fue ante todo un «católico comprometido». A lo largo de las páginas de esta obra queda claro que, desde su niñez, adolescencia y adultez, Frei encontró en la fe la inspiración fundamental para cimentar su carrera política. Por ejemplo, el joven universitario entendió que a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) había que quitarle «el

olor a fiestas y bailecitos, para transformarla, a la manera de las instituciones juveniles europeas, en centro de discusión» (p. 116). Relata también Gazmuri que la publicación de *Quadragesimo Anno*, la encíclica que después de cuarenta años reforzaba a *Rerum Novarum*, «cooperó a consolidar a Frei como uno de los más importantes dirigentes de la juventud católica» (p. 130), un impulso que entusiasmó a los jóvenes políticos de su época, pero que «el mundo conservador chileno lo recibió con frialdad» (p. 130). Por último, el abogado e historiador muestra en su obra que el expresidente de Chile no abandonó la misa permanente, aun en medio de su ajetreada vida política. Su catolicidad no era, entonces, el mero espacio en donde se desarrollaba su vida social, sino la energía que iluminaba su vida política.

Por otra parte, el libro relata cómo la familia Frei, desde que Eduardo era pequeño hasta ya comenzada su adultez, vivió en carne propia las carencias materiales que probablemente hicieron que, una vez convertido en político, fuera particularmente consciente de las circunstancias que rodeaban al chileno común y corriente. Su vida pública se desarrolló en conexión con el Chile que posteriormente le tocó gobernar y fue eso, probablemente, lo que a muchos jóvenes de la élite pareció

entusiasmar de Frei. Al menos a aquellos con los que trazó sus primeras rutas políticas.

No obstante, su vida también estuvo marcada por una serie de decisiones contingentes que difícilmente podrían inspirar a nuestro grupo. En efecto, la trayectoria seguida por la Democracia Cristiana durante los años sesenta, de la que fue su principal liderazgo, tiene mucho de controversial.

Sin ir más lejos, su idea de la «revolución en libertad» —que no fue una revolución en sentido estricto— abrió la puerta a una verdadera revolución, que terminó por partir en dos a la sociedad chilena. Así, las obras de infraestructura o el protagonismo que le dio a la sociedad civil a través de las juntas de vecinos, la *promoción popular* o el cooperativismo, quedaron en segundo plano al haber cimentado el camino para el quiebre que vendría unos años más adelante. De un modo u otro, Frei y la DC también fueron responsables de la fragmentación de la sociedad chilena.

Un ejemplo concreto de esa «revolución en libertad» y las graves consecuencias que produjo es el modo y oportunidad en que se desarrolló su reforma agraria. Tal como señala Joaquín Fermanois en una reseña del mismo libro publicada el año 2001 en *Estudios Públicos*, «para nosotros es difícil encontrar hoy en día una racionalidad a esa

empresa que radicalizó los ánimos e hizo empleo de cuantiosos recursos en un área que demandaba otro tipo de soluciones». Como explica también Gazmuri, esta reforma fue una idea que acompañó a Frei desde bastante joven y sobre la que insistió permanentemente, pero que, una vez que pudo ejecutarla, bastantes años después, el contexto político nacional era otro, lo que, consciente o no, Frei ignoró, tal vez por terquedad o incluso por una «ideologización» —uno de los males de la época—. Acá se encuentra uno de los mayores trechos del expresidente con nuestro mundo.

Como se ve, con Frei Montalva hay cercanías y distancias, admiración y desdén. Su figura es la de un político con el que en los agitados tiempos que corren podríamos perfectamente transitar en un mismo vagón, pero con el que la historia quiso que guardáramos mayor distancia de la que a muchos nos gustaría. Sin embargo, no olvidemos que en esa misma historia Frei ocupó un papel fundamental y que, independiente de nuestra opinión sobre él, no podemos obviar que su figura dejó un vacío que nadie ha podido llenar. [®]